

LA VIGILIA DE DIDEROT

Godofredo Iommi Amunátegui
Universidad Católica de Valparaíso

RI En estas páginas he recogido frases y fases diversas de la obra de Denis Diderot y he intentado mostrar cómo cierta *deriva* puede hacer las veces de método. Para ello he recurrido a la minucia y al fragmento. Así las cosas, *L'Encyclopédie* pasa a pérdida. Textos breves, algunos de ellos póstumos, adquieren, por el contrario, relevancia. Alusiones, modismos e incluso un dejo del siglo XVIII, precisan este propósito. La exposición formal de un pensamiento no viene al caso.

El paseo

A veces el sitio, la hora o el clima precisan los bordes mismos de una reflexión o acaso los rasgos de cierto estilo adquieren de suyo un contorno de cualidades afines a la finura del lugar.

Por ello siempre me ha parecido vago prestarle al paseo la pura posibilidad de divagar: aquel cuyos pasos siguen la senda propicia e imprecisa *medita*. Y la divagación inventa ese rumbo, o prescinde de ocasión y circunstancia. En el límite: vacila entre sus propios límites.

Así el inicio del “Neveu de Rameau”¹ señala ese locus mental de modo certero:

*“Que el tiempo esté bueno o malo, mi costumbre
es ir todas las tardes a eso de las cinco a dar
un paseo por el Palais Royal”*

La costumbre simula o disimula ese gesto de *ir a cualquier parte*.

*“Allí se me ve todos los días,
solo y meditando, en el banco de Argenson.
“Hablo conmigo mismo de política, de amor,*

¹ Traducción de Estévez, publicada en París -1897- reeditada en Ed. Ciencia Nueva, Madrid -1968- introducción y notas de V. Bozal Fernández; he conservado el francés de los nombres: traducirlos modifica el paisaje.

*de arte o de filosofía;
abandono mi espíritu a sus vueltas
y libertinajes; les dejo dueño de seguir la primera idea, cuerda o
insensata que se presenta..."*

Dar rienda suelta al espíritu significa, en parte, ceñirse a su curso, sea cual fuere. Rigor poco usual cuyo envío suele rasgar el sentido de la palabra: en rigor, rigor de *rêverie*, la cual parece por sí sola ir sorteando los obstáculos dispuestos por el despliegue al despliegue mismo de su certeza: alcance de su alcance. Y *soledad*. Bueno sería darle un atributo y para ello adjuntarle ese bello vocablo castellano: *ensimismada* (y soplar sobre él para disipar el polvo de los siglos). El paseante, a solas ensimismado.

Diderot² añade: *mes pensées ce sont mes catins*. Estévez se retrae o retracta al traducir: mis pensamientos son mis amores. Catin es —a las claras— ramera. Incluso, en versión más exacta: buscona. La raíz de *buscar*, a contrario, suena a lo lejos.

De ahí el cuidado, la tensión y la paciencia de esa distraída manera de ir de una cosa a otra, de vincular la veracidad de un aserto a la ocurrencia sutil de un recodo en medio del discurso. Y el estudio, a altas horas de la noche, atento al menor vestigio de una idea —esa vigilia, remanso sin tiempo en medio del tiempo— reviste un giro diurno, proclive al encuentro cordial en un jardín, entre las voces y las sillas. Por ejemplo.

La conversación

El arte de conversar concierne al momento fugaz, al hallazgo a viva voz de un lado poco usual del concepto e incluso el aspecto algo teatral asignado a los personajes, a su entorno, apunta sin querer a ese cuidado por lo inasible, por aquello cuya vida alcanza apenas a percibirse en la inflexión de las voces, en la pantomima de los gestos —la parodia prolonga ese instante—.

Quienes conversan atienden a lo frágil, a lo fugitivo. Y a veces viven en el sofisma de lo efímero: lo pasajero cree en la inmutabilidad de las cosas. Ninguna rosa recuerda haber visto morir a un jardinero³. Diderot dice: “Celà est léger et profond”. Lo leve y lo profundo unidos en aquel “Sueño de D’Alembert”, señuelo de si hacia lo íntimo, rasgado por el ingenio a flor de piel. No siempre se percibe lo fino del trasfondo, tal

² “Le Neveu de Rameau, satires, contes et entretiens”. Ed. de Jacques y Anne-Marie Chouillet, Le livre de Poche, 1984, p. 15 y siguientes.

³ La rose de Fontenelle qui disait que de mémoire de rose on n’avait vu mourir un jardinier (en “Le Rêve de D’Alembert autres écrits philosophiques”, Ed. de Jacques et Anne-Marie Chouillet, le livre de poche, 1984; p. 43).

es la vivacidad del discurso. Ese arte —conversado— distrae de sí o de lo mismo. A distancia de siglos un dejo peyorativo tiñe la expresión: arte de *salón*. Acaso la desaparición de ese *sitio espiritual*, en un sentido amplio y estricto, importe de modo subrepticio. Como si su ausencia pudiese sólo a contraluz palpase.

Conversar: disentir en todo y sin embargo seguir hilando los temas hacia una tierra de nadie; cada cual en lo suyo, sonriendo, vuelve a lo mismo. La diferencia de ideas permite perfilar los pareceres. Tal vez “le mot d’esprit” nazca de la necesidad de concentrar en un mínimo de palabras un rasgo a punto de perderse. La cortesía es una de las llaves de ese espacio de frágil comercio.

El tono suele ser liviano, la réplica rápida:

Bordeu: On effleure tout, et l’on n’approfondit rien.

*Mille de L’Espinasse: Qu’importe? Nous ne composons pas. Nous causons*⁴.

No conviene traducir. Este diálogo establece, en un tris, las reglas del juego: no detenerse en nada, permanecer en la superficie de todo. No cabe deducir inexactitud ni displicencia, más bien ritmo diverso del rigor. El salto, la piroeta atenúa la tensión, la resuelve en gesto jovial.

Aquí los fragmentos ofrecidos a la lectura deslindan justeza al fijar lo fugaz y sustraerlo a la fauce inminente. Tal vez coloquio de perros y de príncipes, por igual dignos de cuidado, de curiosidad. Gusto de vivir.

Asombro de un estilo de vida, velado por sí mismo.

D’Alembert: Il faut que la pierre sente

Diderot: Pourquoi non?

*D’Alembert: Célà est dur à croire*⁵.

Difícil, verdad, creer que la piedra sienta. (Nótese el desliz subrepticio del sentido de la palabra *dureza*).

En cuanto a modismos surgen en cada página. Así, en el *Sobrino de Rameau*: “*Va-t-en voir s’ils viennent, Jean*”. Estévanez vierte: “*Vamos a ver si llegan, Juan*”. El refrán significa: “*¡ya puedes esperar!*”. La expresión misma proviene de una canción de La Motte-Houdard y equivale —en francés— a “*n’y comptez pas*”.

Toda época, tal vez, asuma de sí sólo parte de su propia figura y deje en la sombra —o diluido en la diversidad de sentidos— ese rostro intacto, al extremo de ser desconocido o de aparecer como tal ante la posteridad. He intentado asir esa íntima luz dispersa un poco al acaso en medio de cierto desvarío verbal. En Diderot todo

⁴ *Op. cit.*, p. 72.

⁵ *Ibid.*, p. 15.

parece digresión, todo parece *irse por las ramas*, verbigracia: desviar la atención, eludir lo primordial. De cierto modo todo es discurso excéntrico. Volvamos al giro coloquial recién mencionado: ¿será posible asignarle un status distinto, pensando en la situación espacial de las ramas al alejarse del tronco, al seguir vías entre las cuales no existen vínculos ni sendas transversales de suerte que por cada una de ellas fluye una idea diversa? Al respecto, pienso en una frase de Samuel Johnson, citada por Boswell⁶: When the radical idea branches out into parallel ramifications, how can a consecutive series be formed of senses in their our nature collateral?

Acaso la conversación, obra infinita, sea la respuesta más hermosa a la pregunta del sabio británico.

La abstracción

El sueño de D'Alembert⁷ es un diálogo. La disquisición se perfila tras la discusión. El matemático inquiere: ¿y las abstracciones? Bordeu, el médico, sin vacilar contesta: no las hay; sólo ciertas reticencias, o elipsis, hacen que el lenguaje sea más cómodo, más rápido, que las proposiciones sean más generales. Los signos del lenguaje han engendrado a la ciencia abstracta. Hasta aquí, he optado por la paráfrasis. Me parece apropiado verter, de modo literal, las frases siguientes:

*Toute abstraction n'est qu'un signe
vide d'idée. Toute science abstraite
n'est qu'une combinaison de signes.*

Toda abstracción sólo es un signo
desprovisto de idea. Toda ciencia
abstracta sólo es una combinación
de signos.

En la Carta sobre los ciegos⁸, Diderot precisa: la abstracción sólo consiste en separar, mediante el pensamiento, las cualidades sensibles de los cuerpos; el error ocurre cuando tal separación está mal hecha. No obstante existe una especie de abstracción, extrema y extremada: aquella en virtud de la cual todo se reduce a unidades numéricas. Tal vez el paulatino distanciamiento entre el pensador sensual o sensible y su amigo matemático nazca en y de semejante encrucijada teórica: el acto de abstraer, de cifrar, de condensar en símbolo, deja de lado la densidad y el espesor de las cosas. Incluso cabe la siguiente conjetura: cinco personas, cada una de las cuales gozara de un sentido distinto, podrían entenderse entre sí gracias a la capacidad de abstracción. Pero, ello ocurriría sólo si de geometría se tratara.

⁶ James Boswell "The Life of Samuel Johnson", Library of Classics Collins Clear Type Press, Printed in Great Britain (sin fecha de publicación).

⁷ *Op. cit.*, p. 85.

⁸ *Ibid.*, pp. 158-159; p. 238; p. 170.

Por otra parte, no es raro oír de labios de un ciego expresiones certeras y acertadas (“*heureuses*”): originadas en un sentido, el tacto por ejemplo —allí, por ende, directas y apropiadas— referidas a otro, la vista, son metafóricas. Podría decirse: el giro idiomático es iluminado, a la vez, desde dos puntos. De ahí su riqueza y finura. Así cuando el ciego dice: el espejo “da relieve a las cosas lejos de sí mismas, si se encuentran ubicadas de modo conveniente respecto de ella”⁹.

La frase recoge la delicadeza de la descripción asentada en el tacto. El relieve adquiere relieve, más allá del juego de palabras, al extremo de ahondar luego en el lenguaje mismo, subrayando esa doble luz —directa y oblicua— lo cual, a su vez, acentúa lo palpable de las palabras otorgándole al pasaje densidad allí donde no era dable aguardarlo.

Así cuando la percepción acoge la voluta de un comentario, al borde de sí misma deja de ser tal, se convierte en vertiente por la cual lo comentado deshace lo dicho y viceversa, sin poder al cabo señalarse una línea nítida entre ambos: esa ausencia de frontera diluye aquello cuya existencia exigía tal discurso; las palabras sueltas viven por cuenta propia en un recodo del decir.

La abstracción, entonces, deja escapar esa mínima variante de la luz sobre las hojas, la entonación de una voz, el sentido de una mirada. Fuera de su dominio prevalece la inmensa multitud de los matices sensoriales. Campo abierto en el cual, pareciera, Diderot de suyo se sitúa. Lejos de la matemática. De hecho, las cosas no son tan simples. Un fragmento del *Sobrino de Rameau* (traducción de Estévez, p. 49) deslinda la situación:

<i>Lui: Vous donniez des leçons de mathématiques?</i>	<i>¿Dabais lecciones de Matemáticas?</i>
<i>Moi: Sans en savoir un mot: n'est-ce pas là que vous vouliez en venir?</i>	<i>Sin saber una palabra: ¿no queráis venir a parar a eso?</i>
<i>Moi: J'apprenais en montrant aux autres, et j'ai fait quelques bons écoliers</i>	<i>Yo aprendía enseñando a los otros y he hecho algunos buenos escolares</i>

“Aprendía enseñando a los otros”, es decir: el saber nace en el instante de su despliegue. Sin forzar la nota, de pasada, esta réplica resume el arte de enseñar.

Novicio en tales lides, Denis —valga la familiaridad— acierta y resuelve un acertijo matemático. ¿Cuál y cómo? Ya lo veremos.

⁹ Al traducir, me he inclinado por un matiz posible de “*met les choses en relief*”.

Dilema o discrepancia

Interesa atender al detalle de una discusión entre Diderot y D'Alembert. En esta oportunidad pareciera que ninguno de los dos desempeña el papel que la historia les asigna. Se trata de un problema de cálculo de probabilidades¹⁰: una moneda se lanza dos veces. Los posibles resultados son *cara-cara*, *cara-sello*, *sello-cara*, *sello-sello*. Si Jacques apuesta que Pierre nunca obtendrá *cara* ¿cuál es la razón de la probabilidad en tal evento? D'Alembert razona del siguiente modo: si luego del primer juego resulta *cara*, no cabe una segunda instancia, y por ende las dos primeras combinaciones se reducen a una. Existen sólo tres resultados; en dos de los cuales gana Pierre y en uno pierde (*sello-sello*). La razón es 2:1. Diderot declara: el cálculo debe llevarse a cabo antes de que Pierre lance la moneda por vez primera. Si P es la apuesta, entonces la probabilidad de

$$\text{Pierre es } \frac{3}{4}P \text{ y la de Jacques } \frac{1}{4}P.$$

En consecuencia la razón ha de ser 3:1 y está en lo cierto. Incluso, la distinción establecida por D'Alembert entre el primer lanzamiento ("certain") y el segundo ("probable") le parece metafísica y racional pero en ningún caso matemática. Nada permite suponer un dejo de ironía en esta observación. Aunque al leerla, hoy en día, ello nos sea difícil. Este episodio, más bien, muestra la falta de claridad de uno de los príncipes de las ideas claras y la curiosa pertinencia de un "homme de lettres" respecto de los fundamentos de la probabilidad. En el primer párrafo de la primera línea de su *Traité de Dynamique (Discours Preliminaire)*¹¹, D'Alembert deja constancia de una de las claves de su pensamiento: la certeza de la matemática se afianza y sustenta en la simplicidad de su objeto. Y, podría añadirse, de su objetivo. Ahora bien, la probabilidad no es, de suyo, simple. Puede ser y aparecer como el arte de la conjetura. Entonces no cabe asombrarse de que "las fórmulas mediante las cuales se calcula la incertidumbre participen ellas mismas de dicha incertidumbre". El error proviene de la falta de simplicidad. La equivocación nace del equívoco.

¹⁰ Diderot: "Mémoires sur le calcul des probabilités". No he podido consultar el trabajo original. Me atengo al esquema expuesto por L.G. Krakeur y R.L. Kruger en el artículo "The Mathematical writing of Diderot" (Isis, Vol. xxxiii, pp. 219-232, 1941).

¹¹ *Traité de Dynamique*, reimp. Ed. Jacques Gabay, 1990, París.

La Unidad y el Emblema

En matemáticas, “al examinar todas las propiedades de una curva, encontramos que se trata sólo de la misma propiedad presentada bajo aspectos diferentes”¹². La diversidad es el rostro de la apariencia; el análisis descubre el rasgo único, esencial en cuanto característico de toda una especie. Esta idea orientada o aplicada a los fenómenos naturales equivale a postular cierta unidad, un centro en virtud del cual lo conocido y lo desconocido pertenecen a un mismo marco mental: “Tal vez exista un fenómeno central que arrojaría luz, no solamente sobre los que ya tenemos, sino también sobre todos aquellos que el tiempo permitiría descubrir, que lo uniría y que formaría con ellos un sistema”¹³.

La gracia de Diderot —en un sentido estricto— reside en una alianza de rapidez y amplitud del pensamiento. Por ello cuando en “La carta sobre los sordos y los mudos”¹⁴ señala que “unir las bellezas comunes de la poesía, de la pintura y de la música, mostrar sus analogías, explicar cómo el poeta, el pintor y el músico vierten la misma imagen, asir los emblemas fugitivos de su expresión” y concluye:

c'est ce qui reste à faire

es lo que queda por hacer

de inmediato se vislumbran los rasgos de una *misma búsqueda*; de una *idéntica urgencia teórica*. En este punto, necesario es adentrarse en el asunto: suele, por el discurso del poeta, pasar un espíritu que mueve y vivifica todas las sílabas. ¿Cuál espíritu?

J'en ai quelquefois senti la présence

A veces he sentido su presencia.

añade, sin intentar definirlo. Mas, cuando dicho espíritu sopla, el discurso se convierte en

un tissu d'hiéroglyphes

en un tejido de jeroglíficos

y en tal sentido

toute poésie est emblématique

toda poesía es emblemática

Ahora bien, “el emblema inasible, el jeroglífico sutil” depende de la distribución de las sílabas largas y breves, de las vocales entre las consonantes.

¹² D. Diderot “Sobre la interpretación de la naturaleza”. Ed. Bilingüe; trad. Julián Mateo Ballorco, int. y notas Mauricio Jalón. p. 99; Anthropos, Barcelona, 1992.

¹³ *Ibid.*, p. 99.

¹⁴ En “Le Rêve de D’Alembert et autres écrits philosophiques”, *Op. cit.*, p. 275; p. 263; p. 264; p. 265.

Diderot atiende al verso de Boileau:

“Soupire, étend les bras, ferme l’oeil et s’endort”

y afinando —palabra a palabra— oído y sentido discierne, o cree discernir, aquel secreto:

Soupire: *el suspiro suspira a través de tres sílabas: sorda, tenue y muda. Suerte de alegoría de la lengua cincelada así desde el inicio a tal efecto.*

étend les bras: *extiende los brazos, los cuales —sin embargo— caen dulcemente junto al primer hemistiquio. Delicada coincidencia: el vocablo “bras” en francés por lo breve, recoge.*

ferme l’oeil: *el castellano cuida la consonancia —plural mediante— del movimiento inaudible del párpado: cierra los ojos. Así varía el número en pos de lo preciso.*

et s’endort *paso de la vigilia al sueño y caída del segundo hemistiquio.*

“Todo aquello desaparece necesariamente en la mejor de las traducciones” arguye.

Tal vez no esté de más una observación acerca de la dificultad de traducir. Considérese la siguiente frase de las *Pensées sur l’interprétation de la nature* vertida por Julián Mateo Ballorco¹⁵:

*puisque l’entendement du Philosophe
est souvent éclairé par ce qui nuit, et
obscurci par ce qui sert*

ya que el entendimiento del filósofo
es a menudo esclarecido por lo que
perjudica, y oscurecido por lo útil

Aquí *nuit* es la tercera persona del singular del presente de un verbo: *nuire*, justamente traducida por “perjudica”. Sin embargo el juego verbal y conceptual mediante el cual la noche = *nuit* se convierte en fuente de luz, desaparece.

Un Semblante disperso

“El edificio que construyó podrá caer un día; pero su estatua permanecerá erguida en medio de las ruinas”¹⁶. He tratado, aquí, de construir una figura del filósofo que ni Houdon ni Falconet, escultores contemporáneos de aquél, hubiesen podido esbozar. Es hora de *componer* esta semblanza, es decir de situar cada fragmento donde corresponde. *C’est ce qui reste à faire* diría Diderot.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 35.

¹⁶ “Sobre la interpretación de la naturaleza”, trad. de Julián Mateo Ballorco, p. 37.